

CONOCER

N.º 71

Febrero de 2016

Sumario

- **Presentación**
- **Actualidad**
 - Descubren dibujos nazaríes ocultos en la Alhambra
 - Comienza la edición de la obra ensayística completa de Sánchez Ferlosio
- **En portada**
 - La historia de la evolución humana menos farragosa jamás contada
- **Nuestro mundo**
 - Las cabinas telefónicas podrían desaparecer por desuso
- **Entrevista**
 - Norma Romero, cofundadora y portavoz de Las Patronas: “Compartimos el pan con los migrantes como si fueran de nuestra familia”
- **Historia**
 - *Postdata*, de las cartas de amor de Napoleón a las notas de suicidio de Virginia Woolf
- **Libros**
- **Novedades audiodescritas**
- **Literatura**
 - Un siglo sin Rubén Darío
- **Malos malísimos**
 - El hombre del saco, sacamantecas y el hombre lobo, tres identidades para Romasanta
- **Efemérides**
 - 50 años del baño de Fraga en Palomares
- **Cotidianidades de la historia**
 - El Carnaval parisino del siglo XVIII: todo está permitido

Presentación

Si tuviéramos que visualizar gráficamente la historia de la evolución humana, la imagen más adecuada sería la de un gran árbol, cuyas raíces se asientan en una especie de primate que vivió hace seis millones de años. ¿Dónde se sitúan los *Ardipithecus* y *Australopithecus*? ¿Quiénes fueron los *anamensis*, los *afarensis*, los *habilis* y los *ergaster*? ¿Cuándo aparecieron los *Homo*? *Conocer* ha hablado con tres expertos para responder a estas y otras cuestiones.

En este número entrevistamos también a Norma Romero, cofundadora de Las Patronas, organización que asiste a los hambrientos migrantes que se encaraman a *la Bestia*, un peligroso tren de mercancías que recorre México de sur a norte, y nos hacemos eco de *Postdata*, el libro con el que el periodista británico Simon Garfield rinde homenaje a la historia del correo postal.

Sigue leyendo y te enterarás, además, de que este mes se cumplen 100 años de la muerte de Rubén Darío y de que las cabinas telefónicas, que de tantos apuros nos sacaron no hace tanto, tienen los días contados.

Actualidad

Descubren dibujos nazaríes ocultos en la Alhambra

Los restauradores del Servicio de Conservación del Conjunto Monumental de la Alhambra y el Generalife han descubierto nuevos dibujos nazaríes ocultos tras la techumbre del templete oeste del Patio de los Leones, una obra excepcional por su forma semiesférica que data de 1380.

Formas vegetales y geométricas, siluetas de animales y trazados ornamentales han sido algunos de los hallazgos que han salido a la luz en esta intervención, que comenzó el 9 de octubre de 2015 y se prolongará, previsiblemente, hasta el último trimestre de este año.

Según informó el Patronato de la Alhambra, los dibujos descubiertos “están desvelando cómo trabajaban los artesanos nazaríes y las técnicas de decoración que empleaban en sus obras”.

El techo del templete oeste del Patio de los Leones tiene un diámetro de 3,30 metros. Consta de 669 zafates (piezas de madera alargadas), organizados geométricamente en ruedas con estrellas. Toda la decoración está centrada en un octógono en la parte superior, cuyas piezas están talladas y policromadas minuciosamente.

Comienza la edición de la obra ensayística completa de Sánchez Ferlosio

Por Javier Cuenca

En la década de los años 60 del pasado siglo, en la cumbre de la literatura, uno de los mejores prosistas españoles del momento decidió retirarse de la primera línea, y de lo que él ha denominado ejercicio del “grotesco papel del literato”, para someterse durante 15 años a una disciplina de estudio de la gramática y el consumo de anfetaminas.

Los ensayos que redactara en aquella época han sido reunidos ahora en el volumen *Altos estudios eclesiásticos: gramática, narración y diversiones*, primero de los cuatro tomos que publicará la Editorial Debate y de cuya coordinación se encarga el editor y crítico Ignacio Echevarría. Entre los textos que recoge esta primera entrega se encuentran *Las semanas del jardín*, *Guapo y sus isótopos*, las *Glosas castellanas* y la traducción y notas del *Victor de l'Aveyron*, de Jean Itard, que se recupera tras más de 20 años.

A lo largo de esos cuatro volúmenes se recuperarán, revisados y ordenados, todos los ensayos y artículos publicados por Ferlosio hasta la fecha. Y, con tal motivo, el pasado mes de diciembre se celebró en Madrid un encuentro entre el autor de *El Jarama* y el filósofo Tomás Pollán para hablar de los ensayos contenidos en el primer tomo.

Una conversación distendida y amistosa entre dos intelectuales que Ferlosio se empeñó en recalcar que no era un debate, que “nadie perdía o ganaba”, sino que simplemente se trataba de eso, de un diálogo entre amigos. Y quedó patente la complicidad que existe entre ambos: el filósofo y el escritor hablaron de santo Tomás y de Deleuze, de Ricardo Corazón de León y Saladino, de Alfonso X el Sabio y del martirio de san Esteban...

Y, entre una cosa y otra, recitaron de memoria versos de Antonio Machado y diseccionaron algunas palabras hasta llegar a la raíz de su origen griego. Como si nada. Ferlosio aseguró que “el futuro es pasado” y conversó con su amigo sobre cuestiones trascendentales, como la resurrección de la carne o el tremendo lío que tiene la Iglesia Católica con la inmortalidad del alma.

Y tampoco faltó espacio para la ironía: “Que Dios nos proteja si los malos son más que los buenos”, bromeó el autor de *Alfanhuí*, para subrayar que, en ocasiones, “se quiere que sea la cualidad de la bondad la que gane por su propia esencia”.

Según Ignacio Echevarría, a Ferlosio “la gramática le sirve como marco jurídico para reflexionar sobre tantos otros asuntos de interés en los que se irá deteniendo en los siguientes 40 años”. El autor de *El Jarama* es capaz de analizar el lenguaje de una sentencia con la misma naturalidad con la que transita por las sendas más intrincadas de la religión. Pasen y lean.

En portada

La historia de la evolución humana menos farragosa jamás contada

Por Leonor Lozano

Hace seis millones de años existió sobre la Tierra una especie de primate que marcó el rumbo de la historia: nuestro último antepasado común con los chimpancés. Que poco después nos separamos en dos ramas es de sobra conocido, pero, ¿dónde situar a *Ardipithecus* y *Australopithecus*? ¿Quiénes fueron los *anamensis*, los *afarensis*, los *habilis* y los *ergaster*? Y, ¿cuándo aparecieron los *Homo*? El goteo incesante de nuevos hallazgos ha pintado en nuestro imaginario un cuadro de la evolución humana, cuanto menos, confuso. *Conocer* ha hablado con tres expertos para aclarar las cosas.

Si tuviéramos que visualizar gráficamente la historia de la evolución humana, la imagen más adecuada sería la de un gran árbol. Uno voluminoso, frondoso, que dé buena sombra. Un árbol del paraíso, quizás.

Según Antonio Rosas, investigador del Museo Nacional de Ciencias Naturales, las raíces de este gran árbol se asientan sobre el último antepasado común que compartimos con los chimpancés. Porque, según este experto, de aquella “especie de primate” de hace seis millones de años surgieron dos líneas evolutivas: una que dio lugar “a lo que conocemos como chimpancés” y que “evolucionó a su manera”, y otra, que también siguió su camino, y cuya rama final “somos nosotros, los *sapiens*”.

“Desde aquel antepasado común que compartimos en su momento con los chimpancés se generó un proceso de diversificación, y todo lo que queda ahí contenido es lo que llamamos hoy ‘hominino’”, añade el paleontólogo.

El primer ramal que encontramos en nuestro “árbol de la evolución” lo ocupa el género *Ardipithecus*, y de él, “probablemente”, surgió otro, aún muy simiesco, hace algo más de cuatro millones de años: el *Australopithecus*.

Este último, a su vez, dio lugar a varias especies diferentes, como el *Australopithecus anamensis*, el *africanus*, el *sediva* o el *afarensis*. Por cierto, que “Lucy”, el esqueleto más famoso del mundo, pertenece a este último grupo. La descubrió el estadounidense Donald Johanson el 24 de noviembre de 1974, en el noreste de Etiopía, y su hallazgo supuso una revolución en la investigación del nacimiento y evolución del género humano. Esta *Australopithecus afarensis* en concreto vivió hace 3,2 millones de años, medía 1,1 metros de altura y tenía alrededor de 20 años cuando murió.

No se sabe con exactitud cuál, pero fue una de las ramas de *Australopithecus* la que dio origen, hace algo más de dos millones de años, a seres poseedores de un mayor cerebro y de unas extremidades superiores más cortas que las

inferiores: los primeros *Homo*. Y, como no podía ser de otra manera en un árbol inmenso, ese primer brote de nuestro género “también se diversificó, dando lugar a más especies”.

Aunque el director del Instituto Catalán de Paleoecología Humana y Evolución Social, Robert Sala, sitúa nuestro árbol, hasta aquel momento, en África, el *Homo* no se quedó quieto y dio lugar a nuevas ramas geográficamente dispersas. “En África tenemos una, a la que llamamos *Homo ergaster*, en Asia, encontramos al *Homo erectus*, y, en Europa, a otra especie que se descubrió en Atapuerca, que es el *Homo antecessor*”, relata este experto.

Con el paso del tiempo, el árbol creció y la evolución siguió su curso: “El brazo europeo llegó hasta el *Homo neanderthalensis*, los populares neandertales, que aparecieron hace unos 200.000 años y se extinguieron hace unos 30.000, mientras que en la rama asiática siguió evolucionado el *Homo erectus*”.

Fue la rama africana la que acabó dando lugar, hace entre 150.000 y 160.000 años, a nuestra propia especie, el *Homo sapiens*.

¿Por qué desaparecieron?

En la actualidad, solo una especie humana puebla la Tierra, pero esto no siempre fue así. Hace 100.000 años, por poner un ejemplo, eran cinco las que coexistían. ¿Cómo fueron las transiciones de un género a otro? ¿Convivieron siempre? Y, la pregunta del millón: ¿por qué desaparecían?

“En cada continente se registraron ramas diversas, y, en muchas ocasiones, esas ramas se encontraron. Así, el *Homo sapiens* se movió por medio mundo y llegó a Asia y la colonizó y, seguramente como consecuencia de esa migración, el *Homo erectus* desapareció. Pero los *sapiens* también llegaron a Europa hace 40.000 años y se mezclaron, durante 10.000 años, con los *neanderthalensis* –prueba de ello es nuestro propio genoma–. Aunque lo cierto es que la llegada de los primeros a Europa también acabó con los segundos”, explica Robert Sala.

El éxito del *Homo sapiens* fue tal que se calcula que hace unos 15.000 años (tal vez algo más) todo el planeta estaba ya poblado por una única especie: la nuestra.

También hemos preguntado al respecto a Eudald Carbonell, codirector de la Fundación Atapuerca. Según este experto, las nuevas especies surgen, “normalmente”, como consecuencia de un fenómeno llamado “alopatría” o, lo que es lo mismo, “por aislamiento geográfico”. “Ocurre cuando un grupo de especímenes se queda encerrado en un territorio y no tiene contacto con otros”, señala Carbonell. La imagen sería la de una i griega, la de un tronco común y dos ramales: una especie vive en un entorno dado pero un conjunto queda aislado, y cuando se altera su ambiente, cambia también la especie. Ahora bien, “si se abre el contacto, las especies se mezclan y se hibridan”, como ocurrió a neandertales y *sapiens* en Europa.

Robert Sala, del Instituto Catalán de Paleoecología Humana y Evolución Social, lo compara con las grandes extinciones de la actualidad: “Hoy vivimos, entre otras, la desaparición del oso panda en Asia, que se alimenta exclusivamente de bambú y cuyos bosques tienden a desaparecer, en parte, por la acción humana. A las especies humanas les pasa lo mismo: si su entorno cambia en exceso y no están adaptadas, o si aparece un competidor contra el que no tienen herramientas para competir, sus poblaciones serán eliminadas”.

Y, el *Homo*, ¿qué tiene de especial?

Para Antonio Rosas, del Museo Nacional de Ciencias Naturales, se trata de otra de las preguntas del millón. Según afirma, “hoy en día hay un debate en torno a dónde trazar la línea”. Su “opinión particular” es que el género *Homo* surgió aproximadamente hace dos millones de años y que “algunas de las características que lo definen son un esqueleto similar al nuestro (con brazos cortos y piernas largas), un bipedismo obligado y, probablemente, un ciclo biológico que incluye una fase de niñez”. El *Australopithecus*, aunque también caminaba erguido, tenía aún los largos brazos propios de un ser especializado en moverse por los árboles.

Respecto al periodo de niñez, el paleoantropólogo se refiere “al tiempo existente desde que se produce el destete –el cambio de la leche materna a la alimentación no materna– y la erupción del primer molar o el tiempo en el que termina de crecer el cerebro”. A lo largo de la evolución, ese periodo se fue alargando poco a poco, hasta estar perfectamente definido con el *Homo*.

“La combinación de una fase de niñez con un cierto volumen encefálico y un esqueleto *postcraneal* como el nuestro, todo eso es lo que definiría al género *Homo*”, sentencia Antonio Rosas.

¿De qué capacidad craneal hablamos, exactamente? Eudald Carbonell, de la Fundación Atapuerca, sitúa “a los antepasados del género *Homo* en torno a los 500 centímetros cúbicos (cc)”. “El *erectus* ya tenía en torno a 800-1.000 cc y, nosotros, unos 1.450 cc”.

El porqué de este aumento “es otra gran discusión”, pero Carbonell lo atribuye al uso sistemático de herramientas: “Estos instrumentos requerían de unas manos para ser utilizados, pero también de un cerebro que diera órdenes cada vez más complejas. Y, al pasar a tener un uso social, también se desarrolló el lenguaje; después se descubrió el fuego y, de esta manera, nuestro cerebro fue creciendo”.

No obstante, Antonio Rosas advierte de que, “para definir cuántas especies de *Homo* hay, debemos tener en cuenta que existen dos ‘escuelas’: una, más restrictiva, que es la que yo defiendo y que sigue las características que he expuesto, y otra que lo es menos, que define al género, básicamente, por el tamaño de sus dientes, y que incluye a otras especies”.

La primera, la más restringente, “habla de *Homo ergaster*, de *Homo erectus*, de *Homo sapiens*, *neanderthalensis*, *heidelbergensis*, *antecessor* y de los recién

descubiertos denisovanos, que todavía no tienen un nombre específico”. Pero, “si ampliamos un poco los márgenes, como hace la segunda ‘escuela’, sumariamos a ese conjunto al *Homo habilis* y al *Homo naledi*”. Para los investigadores de la primera, el *Homo habilis* es, en realidad, un *Australopithecus*.

¿Seguimos evolucionando?

Desde nuestra perspectiva de *Homo sapiens sapiens* (algo ególatra, quizás), podría parecer que, con nosotros, la humanidad ha alcanzado su perfección. Para bien o para mal, los expertos lo dudan.

Eudald Carbonell, codirector de la Fundación Atapuerca, cree que nos dirigimos hacia lo que él denomina “transhumanidad” y que ese nuevo periodo estará representado por “una hibridación entre el ser biológico y el ser tecnológico”: “Caminamos probablemente hacia la creación de nuevas especies de homínidos no producidas solo por selección natural, sino también por selección técnica y cultural”.

Este nuevo paso en el mapa de la evolución humana implicaría, seguramente, una reducción del cerebro: “Tenemos grandes periféricos que se podrían incluir. La tecnología permitiría que el cableado funcionara mejor y más rápido y tendríamos de memorias externas que nos darían información. Todo esto podría hacer aumentar nuestra inteligencia de forma exponencial”, concluye Carbonell.

Lo que está claro, según Antonio Rosas, es que “seguiremos evolucionando siempre”. Ya lo decía Heráclito, el filósofo griego: “Lo único constante es el cambio”.

¿Sabías que...

... pueden faltar “eslabones perdidos” en este enorme mapa?

Antonio Rosas está convencido de que “los registros fósiles tienen que darnos aún más sorpresas” y, especialmente, “en torno a ese gran antepasado común” de hace cinco-seis millones de años. “Tenemos muchísimas de las grandes ramas del árbol, pero puede que nos falten algunas hojas”, añade Eudald Carbonell.

... tenemos un porcentaje de genes neandertales?

Antonio Rosas, del Museo Nacional de Ciencias Naturales, asegura que entre un dos y un cuatro por ciento de nuestros genes lo son, pero solo en poblaciones no africanas. “Las subsaharianas no tienen genes neandertales; somos los otros, los que salimos fuera de África, los que los portamos”, añade el investigador. La cuestión en torno a cómo se manifiestan esos genes “está aún por esclarecer”.

Nuestro mundo

Las cabinas telefónicas podrían desaparecer por desuso

Por Jaime Andreani

Las cabinas telefónicas han pasado a ser casi un elemento decorativo en las ciudades y pueblos de nuestro país tras la universalización del teléfono móvil. La escasa rentabilidad que suponen los teléfonos públicos para los operadores ha provocado que se firme un decreto que permita que se puedan retirar a partir de diciembre de 2016. La salvación de la cabina podría ser darle una nueva función, adaptada a los tiempos que vivimos.

Las cabinas telefónicas podrían tener los días contados, ya que un decreto emitido por el Gobierno permitirá empezar a retirarlas a finales de este año. El decreto liberará a los operadores del sector de mantener un teléfono público por cada 1.500 habitantes como obliga la ley en la actualidad.

En este momento existen en España unas 25.000 cabinas en servicio, aunque el vandalismo y su desuso por la universalización del teléfono móvil han hecho que muchas de ellas no presten servicio desde hace tiempo.

Nacimiento e historia del teléfono público

Los teléfonos públicos empezaron a funcionar en 1889 en los Estados Unidos y, concretamente, en la localidad de Hartford, en el Estado de Connecticut.

Su inventor fue William Gray, a quien se le ocurrió la idea después de necesitar hacer una llamada para avisar a un médico para que tratase a su mujer. Gray no disponía de teléfono en casa y acudió a varios establecimientos para que le dejaran efectuar la llamada, pero en todos los casos los dueños del teléfono le negaron la posibilidad de utilizar el aparato.

De esta manera, William Gray se dio cuenta de que era necesario disponer de teléfonos públicos. Su primera idea fue instalar unas casetas con un operador y un teléfono, pero el plan fracasó, dado que su instalación y mantenimiento resultarían poco rentables.

Posteriormente, se planteó la posibilidad de instalar los aparatos en establecimientos, siendo un banco el primer local del mundo que dispuso de teléfono público.

El éxito de la idea de Gray fue tal que los teléfonos no solo se instalaron en determinados establecimientos, sino que empezaron a integrarse en las principales calles de algunas ciudades. Esto llevó a Gray a fundar una compañía que, en tan solo tres años, había instalado 80.000 teléfonos públicos en los Estados Unidos.

Las cabinas en España

En nuestro país, los teléfonos públicos llegaron bastante más tarde. Los primeros llegaron a Madrid en el año 1878, y la operadora comenzó con 300 abonados, ya que el coste del servicio tenía un precio al alcance de muy pocos: 25 pesetas mensuales.

La extensión de la red telefónica en España fue bastante lenta y esto hizo que los teléfonos públicos no se generalizaran hasta el año 1928, cuando Telefónica dispuso de uno en el parque de El Retiro, frente al Viena Park (el actual restaurante y sala de fiestas Florida Park).

Ese mismo año, se instaló otro teléfono público en el bar Regio. Todos funcionaban por el sistema de previo pago, es decir, que el cliente tenía que abonar una cantidad y, a cambio, recibía una ficha que le permitía llamar.

La ficha se mantuvo hasta el año 1966, cuando Telefónica introdujo un modelo de cabina que admitía monedas y que permitía hacer llamadas metropolitanas por tres pesetas. Desde ese momento, la cabina y el teléfono público se popularizaron y, así, en el año 2000, justo antes de que el uso del teléfono móvil se generalizara, existían en nuestro país nada más y nada menos que 100.000 teléfonos públicos.

La universalización del móvil, junto con el vandalismo, ha llevado a las compañías a “jubilar” cabinas y, en la actualidad, solo quedan unas 25.000 en toda España. La mayoría, sin casi actividad, y siendo deficitarias para las compañías telefónicas, dado que se roba la recaudación y se maltratan por parte de algunos usuarios.

La mayoría no recordamos a cuánto asciende el coste de una llamada desde una cabina, porque hace mucho que no las utilizamos, así que te refrescaremos la memoria: una llamada metropolitana cuesta 0,29 euros; una nacional a un fijo, 0,56 euros; a un móvil nacional, 0,66 euros, y una llamada internacional tiene un coste de 1,15 euros. Todas estas tarifas se refieren a llamadas con una duración de tres minutos.

Nuevas utilidades

Las compañías telefónicas están pensando seriamente dar nuevos usos a las cabinas para poder rentabilizarlas y no tener que retirarlas, como ha pasado en algunos países, como Bélgica.

El uso que está teniendo más éxito en otros países es que las cabinas sean puntos de recarga de teléfonos móviles y otros *gadgets* portátiles. La operadora británica que ha puesto en marcha este sistema en las famosas cabinas rojas de la capital británica rentabilizará este servicio ofreciendo publicidad en la pantalla al usuario que esté recargando un dispositivo portátil. Además, se anuncia como recarga “ecológica”, ya que la energía que se utiliza es solar (para ello, se han instalado unos pequeños paneles en la parte superior de la cabina).

Otra propuesta que se está desarrollando es que puedan ser puntos de acceso Wi-Fi gratuitos, para que los usuarios puedan acceder a través de sus *gadgets* inalámbricos a internet de manera gratuita.

Muchos ayuntamientos están intentando promocionar los vehículos eléctricos y el principal problema que se encuentran es la falta de puntos de recarga de las baterías. Por eso, se plantea que las cabinas telefónicas asuman dicha función y que los operadores de telefonía puedan sacarle una rentabilidad a medio plazo. En este momento, en Madrid existe un proyecto piloto que, cuando finalice, se verá si se aplica a más ciudades.

Otro proyecto, aún sin desarrollar, es que las cabinas se conviertan en puntos informativos de la ciudad. Aprovechando las pantallas de los teléfonos y la tecnología 2.0, los visitantes podrían consultar cualquier dato y que este se le diera en tiempo real. La información que podría ofrecerse sería desde las rutas del transporte público hasta el tiempo o el estado de las carreteras, y a ello se le podrían añadir datos como la cartelera o espectáculos.

Por último, existe un proyecto artístico que quiere que las cabinas se transformen en grandes “peceras” donde admirar diferentes tipos de peces mientras paseas por la calle, aunque parece que este proyecto no es contemplado por el momento por los operadores.

Entrevista

Norma Romero, cofundadora y portavoz de Las Patronas

“Compartimos el pan con los migrantes como si fueran de nuestra familia”

Ignacio Santa María

Lo llaman *la Bestia*. Es un tren de mercancías que recorre México de sur a norte. Cientos de miles de migrantes, que atraviesan el país de manera ilegal rumbo a los Estados Unidos, se encaraman a esta mole de hierro para llegar lo más pronto posible a su destino. El viaje es muy peligroso y, como un Moloch moderno, *la Bestia* devora a muchos de los *sin papeles*, que mueren o quedan mutilados. Desde hace 20 años un pequeño grupo de humildes mujeres se acercan cada día a las vías del tren para dar agua y comida a los hambrientos migrantes. Se las conoce como Las Patronas. Entrevistamos a su portavoz y cofundadora, Norma Romero.

Tiene un hablar pausado y suave. Norma Romero nunca pierde la templanza ni su franca sonrisa, aunque narre historias llenas de sufrimiento y dolor. Esta campesina mexicana de 45 años irradia paz y esperanza allá por donde va, contando esta bella historia de solidaridad que lleva ya en marcha 20 años y de la que ella es protagonista junto a su madre, Leonila, y varios de sus 11 hermanos.

Estas mujeres viven en Guadalupe (La Patrona), un barrio de 3.500 habitantes que pertenece a Amatlán de los Reyes, municipio del estado mexicano de Veracruz que dista ocho kilómetros de la ciudad de Córdoba. Por esta región húmeda y montañosa y muy cerca de la casa de Norma pasa un ferrocarril de mercancías que atraviesa todo México y al que apodan *La Bestia* o el *Tren de la Muerte*, porque ha segado la vida de innumerables migrantes ilegales que intentan encaramarse a él para atravesar el país en busca de una vida mejor.

Todo comenzó una tarde en que sus hermanas Bernarda y Rosa volvían de hacer la compra y pasaron cerca de las vías del tren. Había anochecido ya y las muchachas escucharon una voz que venía de lo alto del tren. Apenas alcanzaron a vislumbrar sombras de personas que desde el techo de los vagones extendían su brazo implorando algo de comida. Bernarda y Rosa les dieron todo lo que llevaban. Al volver a casa, contaron a su madre y sus hermanos lo que les había pasado: “No sabemos quiénes eran pero tenían hambre y sed”.

“Nos preguntábamos: ¿quiénes son?, ¿de dónde vienen?, ¿por qué viajan de esa manera?”, recuerda su hermana Norma. Enseguida se conmovieron por el sufrimiento de estas personas y decidieron ponerse en marcha para ayudarlas. “Empezamos a recoger botellas de la basura, lavarlas y llenarlas de agua para darles de beber. Pedíamos verdura en los mercados. Hacíamos bolsas con

fruta. Tenemos suerte de vivir en tierras muy fértiles donde se dan bien la naranja, la guayaba y el mango. Desde entonces, nosotros les damos de la misma comida que comemos nosotros, como si fueran de nuestra familia”.

Así, esta numerosísima familia de humildes campesinos empezó a compartir su escaso pan con los migrantes ilegales, algo que por aquel entonces era considerado un delito. Por eso, tuvieron que ponerse a estudiar las leyes, ya que existía el riesgo de que las acusaran de ser traficantes. “Debíamos decidir si queríamos quedarnos en casa y tener una vida tranquila o si seguíamos adelante y complicarnos la vida. Podíamos haber dicho que no”, comenta Norma.

Viajar agarrado a estos trenes es jugarse la vida. Los migrantes tienen que resistir el hambre, la sed, el frío o el calor y todas las inclemencias del tiempo en trayectos que duran entre 20 y 25 días. Además, resulta caro: las mafias les cobran unos 100 euros por cada estación que atraviesan, por lo que el viaje completo les puede salir por unos 1.200 dólares (algo más de 1.000 euros). Si no pagan, les empujan y les hacen caer del tren. Se calcula que entre 400.000 y 500.000 migrantes eligen este modo de viajar cada año y que solo uno de cada seis llega sano y salvo a la *tierra prometida*.

“No son delincuentes”

“No son delincuentes –insiste Norma– sino gente que sufre. Nadie sale de su lugar de origen por gusto, sino por necesidad. Incluso si llegan a Estados Unidos, allí pueden ganar dinero, pero están lejos de su familia y también les esperan historias muy duras”.

Y es que, además de compartir alimentos, Las Patronas también tratan de sensibilizar a toda la gente que se encuentran de que no hay que criminalizar a los migrantes, sino ayudarles. A propósito de esto, Norma recuerda una anécdota: “Una mujer iba a tirar comida y le dijimos: ‘No la tire, dénosla para los migrantes’. Ella respondió: ‘Prefiero dársela a los marranos que a esos delincuentes’. Y yo le dije que pensara en su hijo, que también fue uno de ellos porque también se marchó a los Estados Unidos”.

Los migrantes huyen de la miseria y de la violencia. Por ello, Norma es consciente de que solo se podrá frenar esta marea migratoria promoviendo el desarrollo en los lugares donde se origina. “Hay que estudiar qué podemos hacer en los lugares de origen para que no se tengan que marchar. No hay apoyos para estudiar, no hay trabajo, no hay escuelas, parques ni canchas de deporte; solo hay cantinas y droga”.

Muchos jóvenes son arrastrados por el narcotráfico y, si quieren escapar de los mafiosos, tienen que huir del país. Una vez se encontraron con un muchacho que había trabajado como halcón (sicario menor de edad) para los narcos. “Recibió tres palizas y a la tercera lo tiraron a un río. Pudo nadar y salvó su vida. Entonces se le ocurrió colgar un mensaje en Facebook jactándose de haber sobrevivido. Fueron a su casa y lo amenazaron con matarlo si no se iba del país. Por eso tuvo que huir en el tren”.

“Nosotras les decimos a los migrantes: ‘No son ustedes los que se tienen que marchar, son los políticos los que se tienen que ir por inútiles’”. Norma no escatima palabras de crítica hacia los políticos, que no hacen nada para frenar la riada. No se libra ni el presidente de México, Enrique Peña Nieto, de quien dice: “Nos concedió el Premio Nacional de Derechos Humanos pero luego no ha encontrado una fecha para recibirnos. Necesitamos gente que nos ayude de verdad”.

Muertos, heridos y desaparecidos

A lo largo de estos años, muchos voluntarios se han unido a Las Patronas y así han podido abrir un refugio donde atienden a migrantes heridos o exhaustos. “Hay muchos que mueren o quedan mutilados. Otros llegan hasta donde estamos después de caminar durante tres días, agotados, deshidratados con síntomas de insolación”, explica Norma.

Los indocumentados se enfrentan a un sinnúmero de peligros. Muchos son los que tratan de sacar tajada de su desgracia. “Los taxistas y los conductores de autobús se aprovechan de ellos y les cobran más”, dice. Los clanes del narcotráfico también han montado un lucrativo negocio alrededor de la emigración y son frecuentes los secuestros. Pueden conseguir 2.500 dólares por el rescate de cada migrante que raptan.

Hasta Amatlán de los Reyes vienen miles de madres a buscar a sus hijos desaparecidos, vivos o muertos. “Hasta diez caravanas de madres han venido hasta aquí”, subraya la integrante de Las Patronas. Algunas veces dejan de llamar a sus familias únicamente porque alguien les ha robado la mochila con el teléfono móvil. Pero lo cierto es que los desaparecidos rara vez son encontrados con vida.

Norma nos cuenta la historia de una de estas madres: “Emeteria le pedía a Dios que le diera la oportunidad de encontrar a su hija y que después hiciera de ella lo que quisiera. Encontró a su hija viva y cuatro años después murió, pero murió en paz. Llevamos siempre la manta que usaba Emeteria porque ella permanece entre nosotros”.

La representante de Las Patronas echa la vista atrás para mirar el camino que han recorrido a lo largo de estos 20 años: “Han pasado cosas buenas y cosas malas pero seguimos adelante, caminamos con problemas pero no nos detenemos”. Por su labor han recibido reproches y alabanzas a partes iguales: “Algunos nos acusan de favorecer la migración pero otros nos dicen: ‘¡Dios os bendiga por lo que hacéis!’”

Y prosigue: “Hay otra gente que simplemente nos pregunta: ‘¿Por qué lo hacen?’”. Y esta mujer de fuertes convicciones religiosas responde: “La razón es servir al Señor. No somos nosotras quienes hacemos esto, es Dios quien lo hace en cuanto ustedes comparten un poquito de lo que tienen. Todo lo que hemos hecho es gracias a Dios, porque no tenemos dinero. Él es el impulsor de este movimiento”, concluye.

Historia

Postdata, de las cartas de amor de Napoleón a las notas de suicidio de Virginia Woolf

Por Leonor Lozano

El correo tradicional –aquel que requiere de sello y sobre y de un proceso mental pausado– está a punto de convertirse en un objeto de museo. Sin embargo, sigue siendo una importante fuente de información para historiadores y biógrafos y, por eso, el periodista inglés Simon Garfield ha decidido rendirle un homenaje. Lo hace a través de *Postdata*, un ensayo que llega a España de la mano de la editorial Taurus y que recoge algunas de las grandes cartas del pasado, como las que escribió Napoleón a su amada Josefina o la que firmó Leonard Woolf, devastado por el suicidio de su esposa Virginia. Repasamos algunas de ellas.

Pocos son ya los que escriben cartas personales –por no hablar de felicitaciones navideñas–, y cada vez son más las administraciones y bancos que se pasan al *e-mail* para enviar al ciudadano sus multas y recibos. El declive de la correspondencia es un hecho.

Y, eso, que “hubo un tiempo en el que el mundo funcionaba gracias al correo”. Así lo afirma, al menos, el periodista británico Simon Garfield, cuyo nuevo libro, *Postdata*, ha aterrizado en España de la mano de Taurus. En él, el autor reflexiona “sobre lo que perdemos al sustituir las cartas por los mensajes de correo electrónico” y advierte del “devastador efecto que ejerce sobre nuestras vidas la digitalización de la comunicación”.

“A este libro lo impulsa una sola cosa: el sonido que hace una carta al aterrizar sobre el felpudo”, asegura Garfield, colaborador en medios como *The Guardian* y *The Observer*. Con todo, el periodista deja patente que “no es un libro contra el correo electrónico”.

Un viaje a lo largo de los últimos 2.000 años

Postdata comienza su viaje en la Britania romana, en la que se firmaron las primeras cartas conocidas en el Reino Unido. Se trata de las Tablillas de Vindolanda, escritas en los siglos I y II, con tinta, sobre delgadas tablillas de madera de abedul, roble y aliso. Algunas tenían un grosor inferior al milímetro y aparecieron plegadas del mismo modo en que hoy se dobla un sobre.

“Te he enviado calcetines, dos pares de sandalias y dos pares de calzones. Saluda a mis amigos... Pido a los dioses que todos disfrutéis de larga vida y la mejor de las fortunas”. Las tablillas registran asuntos militares oficiales y mensajes personales enviados tanto por los miembros de la guarnición de Vindolanda como por sus familiares. Y aunque a veces eran entrañables, su contenido se refería, por lo general, a cuestiones mundanas. Garfield apunta que “no se sabe exactamente cómo recibían el correo los soldados de

Vindolanda”, pero los especialistas están convencidos de que “se trataba de un proceso orquestado en un primer momento desde Roma”.

Según el periodista británico, hasta el siglo XVI no surgieron en su país los primeros “indicios” de un servicio postal convencional. Y en ello, aclara, “tuvo que ver una *cause célèbre*: las paranoicas pasiones de Enrique VIII”. “Contribuyó mucho a lo relacionado con el transporte del correo el hecho de que ese rey gustase de escribir cartas personales, en las que no hablaba precisamente de finanzas o asuntos cortesanos”, puntualiza el autor. Sus cartas a Ana Bolena, por ejemplo, “figuran entre los mejores ejemplos conocidos de cartas de amor regias”.

Según Garfield, los primeros “galanteos” postales entre Enrique y Ana se produjeron entre mayo de 1527 y octubre de 1528. Se conservan en la Biblioteca Vaticana, ya que las cartas “fueron posiblemente robadas poco después de la ejecución de Bolena y trasladadas a Roma como botín de guerra, mientras arreciaba el fulgor excomulgante”.

“Llevo más de un año atravesado por el dardo del amor y sigo sin estar seguro de si fracasaré al buscar un hueco en vuestro corazón. Si os pluguiera ejercer el papel de querida y amiga fiel y leal y entregaros a mí en cuerpo y en corazón, yo os tendré como mi única querida y apartaré a todas las demás de mi pensamiento”, escribió Enrique VIII en alguna de ellas a la futura reina consorte de Inglaterra. Para el autor de *Postdata*, “no cabe duda de que Enrique VIII temía a intrigantes y espías y fue su intento por controlarlos lo que condujo a la creación del primer *Royal Mail*, el correo real, a fin de garantizar el transporte seguro de la correspondencia de la Corte”.

Otro de los grandes hitos que recoge el libro que nos ocupa tiene lugar tres siglos después y al otro lado del Atlántico, en los Estados Unidos de finales del siglo XVIII. Por aquel entonces, según Garfield, “solo unas 100.000 personas enviaban cartas regularmente”, y cada una de ellas escribía una media de tan solo 30 al año. El motivo no podía ser otro que las tarifas postales, “demasiado altas” para la época: “Costaba 25 centavos enviar una sola hoja desde Albany a Pittsburg, a unos 650 kilómetros de distancia, el equivalente a un tercio del salario diario de un trabajador cualificado. Y enviar una carta desde Nueva York a Alabama suponía un 50 por ciento más que enviar un barril de harina”.

Por eso, las reformas postales de 1845 y 1851 (que introdujeron el primer sello estadounidense y la tarifa universal de cinco centavos para cartas de media onza de peso que viajasen no más de 300 millas) no revolucionaron la escritura de cartas, pero sí marcaron un punto de inflexión.

Todo ello, unido a los barcos de vapor y a la expansión del ferrocarril y de la alfabetización, hizo que la década de 1850 viera nacer la correspondencia en Estados Unidos tal como la conocemos hoy: como “un servicio estatal organizado y fiable, que reparte cartas y paquetes de casa en casa con rapidez, muy a menudo y a un coste mínimo”. ¿Que cómo lo celebró el país? Como no podía ser de otro modo: escribiendo millones y millones de cartas.

De la desfachatez de Wilde al suicidio de Virginia Woolf

Además de referencias históricas, *Postdata* está repleto de anécdotas y chismes. Como los relativos al poeta y dramaturgo irlandés Oscar Wilde, que nunca se molestó en enviar una carta; en su lugar, les colocaba un sello y las tiraba por la ventana, confiando en que algún viandante se apiadara de ellas y las echara al buzón más cercano. Tampoco tienen desperdicio las 1.600 misivas que firmó el humanista neerlandés Erasmo de Róterdam, a las que dijo haber dedicado “media vida”. En ellas, no solo defendió su posición contra las doctrinas católicas: también se quejó alguna vez de “la decepcionante calidad de los vinos holandeses” y lamentó su exigua economía y endeble salud, pues sufría artritis.

Especial mención merece la correspondencia que mantuvo Napoleón Bonaparte con su amada Josefina. Según el periodista Simon Garfield, aquél escribía a mano y “hacía gala de un gran estilo epistolar”. “Bonaparte vivía consumido por las llamaradas del amor y la lujuria”, asegura el autor.

Postdata se hace eco, por ejemplo, de una de las tres cartas conocidas que envió Napoleón a su futura esposa antes de contraer matrimonio. Escrita en papel azul grisáceo, cortada de un pliego mayor y plagada de “tachones y correcciones”, la misiva puede datarse –según Garfield– “en los albores de la relación amorosa”, en diciembre de 1795. “Tu pensamiento me está envenenando la vida, partiéndome el alma. ¿Pensabas que no te quería por ti misma? ¿Cómo puede un alma tan pura como la vuestra concebir idea tal?”. Era público y notorio que al futuro emperador le interesaban las propiedades que la familia de ella poseía en las Indias occidentales; por eso, en la carta le deja bien claro que “la quiere por su persona”.

Tampoco carece de interés la correspondencia de Virginia Woolf. Porque, entre sus cartas, la escritora británica dejó dos notas de suicidio a su hermana Vanessa y a Leonard Woolf, su marido. La de este último decía: “Amor, estoy convencida de que me estoy volviendo loca otra vez: siento que no podemos pasar de nuevo por un infierno como ese. Esta vez no me voy a recuperar. Empiezo a oír voces y me es imposible concentrarme. Voy a hacer lo que creo que debo hacer. Me has dado la mayor de las felicidades posibles. Has sido en todos los aspectos todo lo que alguien podría ser para mí. No creo que haya existido una pareja más feliz que nosotros, hasta que irrumpió esta terrible enfermedad. Si alguien me hubiera podido salvar, ese habrías sido tú”.

En otra carta, dirigida esta vez a la poetisa Vita Sackville-West –con quien Virginia mantuvo un idilio–, Leonard escribió lo siguiente: “Ha estado muy enferma estas últimas semanas y le aterrorizaba perder la razón de nuevo (...). Hoy ha salido a dar un paseo. Ha dejado una carta en la que decía que iba a suicidarse. Creo que se ha ahogado, porque he encontrado su bastón flotando en el río, pero no he podido dar con su cuerpo”.

Más de una semana después, el cadáver seguía sin aparecer.

Libros

El último día de Terranova

Manuel Rivas

Alfaguara

304 páginas

ISBN: 978-84-20420-60-8

La vida de Vincenzo Fontana está a punto de entrar en “liquidación final” cuando su librería se ve asediada por la codicia implacable de los especuladores inmobiliarios. Es el año 2014 y *Terranova* corre peligro de desaparecer tras más de 60 años de resistencia ante los temporales más duros de la historia. Décadas en las que, dirigida primero por sus padres, luego por su tío Eliseo y, finalmente, por él, fue siempre refugio para disidentes, perseguidos, libros prohibidos y contrabandistas de cultura.

Aunque *Terranova* fue su hogar, Vincenzo, que arrastra en la vejez las secuelas de una enfermedad infantil, se rebeló en su juventud contra los libros. Alejado del ambiente familiar, conoció en Madrid a Garúa, una enigmática chica argentina con la que regresó a *Terranova* a finales de 1975. Fue entonces cuando aprendió todo lo importante de los libros: cómo fingen, cómo ayudan, cómo enseñan a amar, cómo acompañan y cómo salvan.

Atlas de la España imaginaria

Julio Llamazares

Nórdica Libros

120 páginas

ISBN: 978-84-16440-27-6

Julio Llamazares, pintor de paisajes geopoéticos, viaja en persona desde unos tópicos lingüísticos hasta sus orígenes. Por el camino, contrasta la lírica de la fantasía con la realidad prosaica y desmitifica la toponimia mágica, poniendo rostro a los vecinos de carne y hueso que habitan esos lugares. Y no marcha solo en esta aventura: lo acompaña un imaginero de semblanzas, un cazador de horizontes como es Navia, y, al final de esta andanza del escritor, tras cartografiar los confines del atlas de la España imaginaria, los lectores ávidos de odiseas anhelarán disfrutar con su cuaderno de viaje. Necesitados, como están, de cuentos al amor de la lumbre, de relatos al solaz de los jardines.

Tirana Blues

Fatos Kongoli

Editorial Siruela

206 páginas

ISBN: 978-84-16465-16-3

Dos historias de amor interrumpidas. El cadáver abandonado de un joven. Un inspector que intenta atrapar a los asesinos. Con estas líneas argumentales, con personajes y escenarios diversos, intelectuales y mafiosos, la capital y la periferia, Fatos Kongoli, uno de los máximos representantes de las letras albanesas, crea una novela, a veces burlona, que ahonda en la realidad contemporánea de su país, un presente en el que las calamidades y el infortunio ya no sorprenden a nadie. Un libro que muestra la crudeza de una sociedad que trata de librarse de sus demonios.

Novedades audiodescritas

Whiplash

2014 – 103 minutos

Drama

Reperto: Miles Teller, J. K. Simmons, Melissa Benoist, Paul Reiser, Austin Stowell, Jayson Blair, Kavita Patil, Kofi Siriboe, Jesse Mitchell, Michael D. Cohen, Tian Wang, Jocelyn Ayanna, Tarik Lowe, Marcus Henderson, Keenan Henson

El objetivo de Andrew Neiman, un joven y ambicioso baterista de *jazz*, es triunfar en el elitista Conservatorio de Música de la Costa Este en el que estudia. Marcado por el fracaso de la carrera literaria de su padre, Andrew alberga sueños de grandeza.

Terence Fletcher, un profesor conocido tanto por su talento como por sus rigurosos métodos de enseñanza, dirige el mejor conjunto de *jazz* del Conservatorio. Cuando Fletcher elija a Andrew para formar parte del conjunto musical que dirige, cambiará para siempre la vida del joven.

Encontrarás esta película en el número 508 del catálogo.

La dama de oro

2015 – 107 minutos

Drama

Reperto: Helen Mirren, Ryan Reynolds, Daniel Brühl, Tatiana Maslany, Charles Dance, Katie Holmes, Antje Traue, Max Irons, Elizabeth McGovern, Jonathan Pryce, Tom Schilling, Moritz Bleibtreu, Anthony Howell, Allan Corduner, Henry Goodman

Basada en una historia real, *La dama de oro* cuenta la historia de Maria Altmann, una mujer judía que huyó de Viena durante la Segunda Guerra Mundial y que regresa 60 años después para reclamar las propiedades que los nazis confiscaron a su familia, entre las que se encuentra el célebre *Retrato de Adele Bloch-Bauer I*, de Gustav Klimt.

El joven abogado Randy Schoenberg la ayudará en esta lucha ante el Gobierno austriaco y la Corte Suprema de los Estados Unidos. Y, al mismo tiempo, Maria deberá enfrentarse a las terribles verdades de su pasado.

La dama de oro está disponible con el número 512 del catálogo.

Literatura

Un siglo sin Rubén Darío

Por Javier Cuenca

Dicen que era un hombre tímido y apacible, silencioso y distante en las tertulias literarias, pero que atraía sin pretenderlo y que, en poco tiempo, se convertía en el centro de atención. Cuentan también que sus pupilas eran retráctiles, que brillaban y se apagaban al compás de sus emociones. Pero otros lo describen como físicamente inexpresivo, y el crítico literario Guillermo Díaz-Plaja asegura que en su rostro solo tenían vida las aletas de su nariz, que palpitaban, se contraían e inmovilizaban sucesivamente.

Este año se cumplen cien de la muerte del poeta nicaragüense Rubén Darío, cuyo verdadero nombre era Félix Rubén García Sarmiento, iniciador y máximo exponente del Modernismo hispanoamericano. Nacido en la pequeña localidad de Metapa en 1867, su familia era conocida por el apellido de un abuelo, Darío, que el joven poeta, buscando la eufonía, adoptaría como seudónimo, sumándolo a uno de sus dos nombres.

Creció Rubén en medio de turbulentas desavenencias familiares y tutelado por solícitos parientes, poseedor de una dichosa facilidad para el ritmo y la rima, dibujando en su fuero interno con palabras sueños exóticos, memorables heroísmos y bulliciosas tempestades.

Pero ya en su época toda esa parafernalia de prestigiosos tópicos románticos empezaba a desgastarse, y el poeta de Metapa iba a revolucionar rítmicamente el verso castellano trayendo a un idioma en decadencia el influjo revitalizador americano y los modelos parnasianos y simbolistas franceses, abriéndolo a un léxico rico y extraño, a una nueva flexibilidad y musicalidad literarias. Darío introdujo temas y motivos universales, exóticos y autóctonos, que excitaban la imaginación.

Una infancia sin padres

Los progenitores de Rubén eran un matrimonio teóricamente de conveniencia, mal avenido y donde las pendencias eran algo cotidiano. Para hacer más llevadera la mutua incomprensión que marido y mujer se profesaban, el padre de Rubén, Manuel, se entregaba inmoderadamente a las farras y ahogaba su tristeza en los lupanares, mientras la madre del futuro poeta huía de vez en cuando de su cónyuge para buscar refugio en casa de alguno de sus parientes.

No tardaría aquella en dar a luz a una segunda hija, Cándida Rosa, que se malograría enseguida, ni en enamorarse de un tal Juan Benito Soriano, con el que se fue a vivir arrastrando a su primogénito a una “casa primitiva, pobre y sin ladrillos, en pleno campo”, como él mismo referiría más tarde, situada en la localidad hondureña de San Marcos de Colón.

Pero el pequeño Rubén volvería pronto a Nicaragua para residir en la población de León con los tíos de su madre, Bernarda Sarmiento y su marido, el coronel Félix Ramírez, los cuales habían perdido recientemente una niña y lo acogieron como si fuera su verdadero hijo. Muy de tarde en tarde veía a su madre biológica, a quien prácticamente no conocía, y poco más o menos a su padre, de quien siempre se sintió alejado, hasta el punto de que el incipiente poeta firmaba sus primeros trabajos escolares como Félix Rubén Ramírez.

El hogar del coronel Ramírez era centro de famosas tertulias que congregaban a la intelectualidad nicaragüense, y en este ambiente culto creció Rubén. Precoz versificador, el propio poeta no recordaba cuándo empezó a escribir poemas, pero sí que ya sabía leer a los 3 años y que a los 6 devoraba los clásicos de la literatura que encontraba en la casa. A los 13 ya era conocido como poeta, y a los 14 terminó de escribir su primera obra.

Arenques y cerveza

Durante sus primeros años estudió con los jesuitas, a quienes dedicó algunos versos llenos de invectivas aludiendo a sus “sotanas carcomidas” y tachándolos de “endriagos”. Pero en esa etapa juvenil no solo cultivó la ironía, sino que también se dejó influenciar por el romanticismo de Bécquer y Víctor Hugo. Según escribió en su autobiografía, una profesora le impuso un severo castigo cuando lo sorprendió “en compañía de una precoz chicuela, iniciando indoctos e imposibles Dafnis y Cloe y, según el verso de Góngora, las bellaquerías detrás de la puerta”.

Tras vivir durante algún tiempo en El Salvador, Rubén se trasladó a Chile, donde conoció a su presidente, José Manuel Balmaceda, que se suicidaría posteriormente, y trabó amistad con su hijo Pedro y con su aristocrático círculo de allegados. Sin embargo, para poder vestir decentemente, se alimentaba en secreto de “arenques y cerveza”, aunque a sus opulentos contertulios no se les ocultara su mísera condición.

De la etapa chilena es *Abrojos* (1887), libro de poemas donde da cuenta de su triste estado de poeta pobre e incomprendido. Ni siquiera un fugaz amor vivido con una mujer llamada Domitila consigue enjugar su dolor. Para un certamen literario convocado por el millonario Federico Varela escribió *Otoñales*, que obtuvo un modestísimo octavo lugar entre los 47 originales presentados, y *Canto épico a las glorias de Chile*, por el que se le otorgó el primer premio, compartido con Pedro Nolasco Préndez, y que le reportó la módica suma de 300 pesos.

Pero fue en 1888 cuando, tras publicar *Azul* y ser elogiado por el entonces prestigioso novelista español Juan Valera, el talento de Rubén Darío empezó a emerger. El poeta de esta primera etapa, la plenamente modernista, se caracteriza por una brillantez formal, estilística y musical, de la que da muestra la citada obra.

La adversidad

El 21 de junio de 1890 contrajo matrimonio con Rafaela Contreras, mujer con la que compartía aficiones literarias, aunque la ceremonia religiosa no pudo completarse hasta el 12 de enero del año siguiente debido a una asonada militar. Fruto de esta unión fue su hijo Rubén, nacido en Costa Rica el 11 de noviembre de 1891.

Más tarde, con motivo del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América, vio cumplidos sus deseos de conocer el viejo continente tras ser enviado a España como embajador. El poeta desembarcó en La Coruña el 1 de agosto de 1892, precedido de una celebridad que le permitiría establecer inmediatas relaciones con las principales figuras de la literatura y la política españolas. Pero su felicidad se vería ensombrecida por la repentina muerte de su esposa, acaecida el 23 de enero de 1893, lo que le hizo refugiarse en la bebida, ejercicio que ya venía practicando desde antaño con cierta asiduidad.

Precisamente en estado de embriaguez fue poco después obligado a casarse con Rosario Emelina Murillo, una muchacha que había sido objeto de su amor adolescente, quien lo hizo víctima de uno de los más truculentos episodios de su vida.

Al parecer, el hermano de Rosario, un hombre sin escrúpulos, fue el encargado de tramar el avieso plan, sabedor de que la muchacha estaba embarazada. En connivencia con ella, sorprendió a los amantes en actitud amorosa y, esgrimiendo una pistola, amenazó con matar a Rubén si no contraía inmediatamente matrimonio con su hermana. Algo que sucedió el 8 de marzo de 1893.

Aunque el poeta aceptó los hechos, no consintió en convivir con el engaño, lo que no impidió que fuera acosado insistentemente por Rosario durante gran parte de su vida. Rubén conoció en Madrid a una mujer de humilde condición, Francisca Sánchez, la criada analfabeta del también poeta Francisco Villaespesa, en la cual encontró refugio y ternura.

Con ella viajaría a París en los albores del siglo XX, tras haber ejercido como cónsul de Colombia en Buenos Aires, vivido allí desde 1893 a 1898 y adoptado Madrid como su segunda residencia desde que llegara, ese último año, a la capital española como corresponsal del periódico *La Razón*. Se iniciaría entonces para él una época de entusiásticos viajes por Italia, Inglaterra y Bélgica, escribiendo sus mejores libros: *Cantos de vida y esperanza* (1905), *El canto errante* (1906), *El poema de otoño* (1910) y *El oro de Mallorca* (1913).

Aunque siempre quiso alcanzar una buena posición social, el poeta nicaragüense no obtuvo nunca más que el dinero y la respetabilidad suficientes como para vivir con frugalidad y modestia. Al final de su vida, los frutos de su pluma casi no le daban ni para pagar sus deudas. Pero ganó, eso sí, el reconocimiento de la mayoría de los escritores en lengua española y la gratitud de todos cuantos, después de él, han intentado escribir un alejandrino en ese idioma.

Malos malísimos

El hombre del saco, sacamantecas y el hombre lobo, tres identidades para Romasanta

Por Refugio Martínez

Hemos crecido aterrados con la imagen del hombre del saco, pensando que, si nos portábamos mal, una noche entraría en nuestro cuarto y nos secuestraría. Sin embargo, eso que siempre creímos que era un cuento de viejas es la historia real de un hombre que asesinó a mujeres y a niños indefensos, y que, después, usaba su grasa para hacer ungüentos que vendía como buhonero. Esto ocurrió en una época, ni tan lejana en tiempo, ni tan lejana en la distancia. Así que cierra bien las puertas y ventanas, porque nunca se sabe lo que hay ahí fuera...

Que las apariencias engañan es una frase que bien se le podría aplicar a Romasanta. Bajito y de facciones tiernas, no despertaba la más mínima desconfianza y, sin embargo, en sus menos de 1,40 centímetros tenía acumulados, que se sepa, nueve asesinatos. La causa del mal era una licantropía clínica que le hacía creer que las noches de luna llena se transformaba en hombre lobo y, presa de un hambre voraz, devoraba a sus víctimas para comérselas.

Romasanta: retrato de un asesino

En una España asolada por el hambre y la pobreza después de las guerras napoleónicas, en una época donde la miseria habitaba en los pueblos rurales de la Galicia profunda, nació Manuela Blanco Romasanta, el 18 de noviembre de 1809, en la localidad de Regueiro (La Coruña), en la aldea de Santa Olaia de Esgos. Sí, efectivamente, era un nombre femenino lo que el cura de la parroquia escribió en su partida de nacimiento.

Pudo ser un error humano a la hora de inscribir su nombre, pero “que cambiase de niña en el bautismo a muchacho en la confirmación lleva a pensar en un posible caso de hermafroditismo femenino. Lo más probable es que padeciese un síndrome adrenogenital”, explican Ángela Torres y Xosé Ramón Mariño, psicóloga y filósofo, respectivamente, y autores del informe *El caso de Blanco Romasanta, el “hombre lobo gallego”, desde la perspectiva psiquiátrico-forense actual*.

El hermafroditismo femenino es una condición que afecta a uno de cada 10.000 o 15.000 nacidos. En estos casos, se nace mujer, pero se genera una cantidad de hormonas masculinas tan grande que se produce un proceso de masculinización en el que se desarrollan las características de un hombre, como la barba, la voz grave e, incluso, el clítoris puede crecer hasta convertirse en un micropene. En estos casos, también pueden aparecer episodios de fuerte agresividad, lo que encaja perfectamente con el perfil de nuestro hombre.

Sea como fuere, en algún momento Manuela se transformó en hombre, porque se sabe que se casó con Francisca Gómez Vázquez, en marzo de 1831, con quien obviamente no tuvo hijos. A partir de la muerte de su esposa, pocos años después, comienzan sus actividades ambulantes y, con ellas, los rumores. Hasta que, en 1843, Romasanta se vio obligado a dejar las tierras leonesas, donde vivía por aquel entonces, para evitar el juicio por el asesinato del alguacil Vicente Fernández.

Y así, huyendo, y sin oficio ni beneficio, llegó a un pequeño pueblo gallego llamado Rebordechao-Vilar de Barrio, en Orense. Es a partir de este momento donde se registra su mayor actividad asesina, una actividad que se cebará con la familia García Blanco. De los seis hermanos mató a tres, mujeres todas ellas, y a sus respectivos hijos, y siempre con el mismo *modus operandi*: seducía a sus víctimas y las engañaba con falsas expectativas de una vida mejor. Les hacía creer que en Santander tendrían un trabajo bien remunerado como criadas en casas de curas o señores de bien, donde encontrarían una salida a su vida pobre y miserable.

Romasanta, que de tonto no tenía un pelo, las convencía para que vendieran todas sus propiedades ya que, supuestamente, iban a necesitar dinero para el viaje y para los primeros días de su nueva vida y, durante el trayecto, en lo más profundo del bosque, acababa con sus vidas y se quedaba con sus pertenencias, no solo patrimoniales, sino también corporales. Con las primeras mercadeaba en los pueblos vecinos y, con las segundas, hacía ungüentos “milagrosos” que vendía como buhonero en las tierras cercanas de Portugal.

Y así, con el cuento de buscarles una vida mejor, mató a Manuela y a su hija Petra (de 3 años), después a su hermana Benita y a su hijo Francisco (de 9 años), posteriormente a Antonia Rua —natural y vecina de Rebordechao— y a sus dos hijas: María Dolores, de 11 años, y Peregrina, de 2; y, por último, a otra hermana García Blanco, Josefa, y a su hijo José, de 21 años.

Todos partieron siempre ilusionados con la esperanza de reunirse con sus parientes, y ¡vaya si se reunieron! Pero no en Santander, precisamente. Lo más sorprendente de todo esto es que, en la mayoría de los casos, tuvo relaciones amorosas con las mujeres y usó su “atractivo natural” para seducirlas, cosa sorprendente si pensamos en su hermafroditismo y en la peculiaridad de sus órganos reproductores.

Con el tiempo, Romasanta se volvió descuidado. Se lo veía a menudo con los objetos personales de sus víctimas, no cuidaba sus mentiras, ni justificaba su creciente patrimonio, hasta que llegó un momento en que los rumores se convirtieron en acusaciones veladas que hicieron la situación insostenible. Viéndose acorralado, consiguió un pasaporte interior con un nombre falso y huyó, esta vez a tierras toledanas. Pero la suerte no lo acompañó y, en junio de 1852, tres paisanos gallegos lo reconocieron en Nombela, donde trabajaba como temporero. El alcalde de la localidad dispuso su detención y, aunque al principio Manuel lo negó todo, no tardó en confesar sus crímenes. Lo que no podían imaginarse los alguaciles que le tomaban declaración es que no

solamente estaban enfrente de un asesino frío y calculador, sino, también, ante el que con el tiempo se conocería como “El hombre lobo de Allariz”.

Romasanta declaró en su juicio, conocido como *La causa contra el hombre lobo*, estar bajo el sortilegio de una bruja y actuar junto a dos compinches. “Me revolqué tres veces sin control y a los pocos segundos yo mismo era un lobo. Estuve cinco días merodeando, hasta que volví a recuperar mi cuerpo. El que usted ve ahora, señor juez... Durante mucho tiempo salí como lobo con Antonio y don Genaro. Atacamos y nos comimos a varias personas porque teníamos hambre”.

El 6 de abril de 1853, Romasanta fue condenado a morir ejecutado con el “garrote vil”. Aunque la oportuna intervención de un tal Mr. Philips (que quería estudiar este caso de licantropismo clínico desde el punto de vista de la hipnosis) y una carta de su abogado defensor (en la que se pedía piedad para el reo alegando que las pruebas acusatorias no eran definitivas) ablandaron el corazón de la reina Isabel II, que conmutó la pena capital por cadena perpetua. Y, encarcelado, murió en una prisión de Ceuta, el 14 de diciembre de 1863, con 50 años, de un cáncer de estómago.

Licantropía: ¿cuento o locura?

En el siglo XIX, el caso del hombre lobo conmovió a toda la sociedad. Los medios se hicieron eco de todas sus andanzas y fechorías, y el juicio fue seguido con una expectación que superó nuestras fronteras. Pero, ¿había algo más detrás de su comportamiento antisocial? ¿Se creía realmente Romasanta su historia del hombre lobo, o fue un ardid para alegar enajenación mental y conseguir que se lo eximiera de responsabilidad criminal?

Una vez en prisión, bien habría podido reconocer que todo era una invención; sin embargo, nunca lo hizo. Nunca desistió de hacer creer que se transformaba en hombre lobo, aunque, sospechosamente, desde su arresto tampoco declaró haber tenido más transformaciones licántropas. Y, de aquel Mr. Philips, nunca más se supo. Los médicos forenses afirmaron en el informe del juicio que: “Manuel Blanco no es loco, ni imbécil, ni monomaniaco, ni lo fue, ni lo logrará ser mientras esté preso, y por el contrario de los datos referidos, resulta que es un perverso, consumado criminal, capaz de todo, frío y sereno, sin bondad”.

A Romasanta se lo juzgó y se lo condenó, un país entero lo denostó y lo demonizó. A raíz de su historia, nuestra España más negra tuvo otro personaje más para reforzar los miedos atávicos con seres malignos como el sacamantecas y el hombre del saco, pero lo cierto es que, desde el punto de vista de la psiquiatría, no deja de ser uno de los casos más peculiares y excepcionales que se ha dado en nuestro país.

En la actualidad, los especialistas que estudian el caso definen su patología como “un trastorno antisocial de la personalidad”, pero es una pena que, en aquella época de supersticiones y cuentos de viejas, nadie mostrara interés por saber por qué la bella se convertía en bestia, en estudiar al hombre que había detrás del monstruo.

Efemérides

50 años del baño de Fraga en Palomares

Los españoles que se sentaron frente al televisor el 7 de febrero de 1966 fueron testigos de unas imágenes históricas: las del entonces ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, dándose un chapuzón en Palomares, en pleno invierno, para demostrar al mundo entero que las aguas de la localidad almeriense no estaban contaminadas por radiación (el número anterior de *Conocer* recordaba la colisión días antes en la zona de dos aeronaves estadounidenses con carga radiactiva).

El ministro de Franco se sumergió en las aguas de la playa de Quitapellejos junto a Angier Biddle Duke, el entonces embajador de Estados Unidos en España. El mensaje caló hondo en la población, aunque, en realidad, no garantizaba nada, puesto que en ningún caso se barajaba la explosión de la bomba que se daba por perdida en el agua.

“Puedo asegurar rotundamente que no hay en la tierra ni en el mar ningún tipo de contaminación”, declaró días después al periódico *Arriba*. Al fundador de Alianza Popular —que dio lugar al actual PP—, desde luego, el baño no le sentó mal: murió en 2012, a los 89 años, de una parada cardíaca como consecuencia de una afección respiratoria.

Cotidianidades de la historia

El Carnaval parisino del siglo XVIII: todo está permitido

Venecia siempre ha celebrado su Carnaval por todo lo alto. En el siglo XVII, sus habitantes salían a la calle con máscaras durante meses y meses (¡hasta las madres ponían antifaces a sus bebés!). Fue en aquella época cuando la tradición se difundió por toda Europa y en el París de principios del siglo XVIII, por ejemplo, el Carnaval ya divertía a miles de personas durante noches enteras.

En 1715, durante la regencia del duque de Orleans, cientos de personas acudían a las fiestas que organizaba la nobleza. Comenzaban a medianoche y se prolongaba hasta el amanecer, y todo era majestuoso: las confituras, los refrescos, la música.

Dado que los bailes particulares no colmaban la demanda de diversión de los parisinos, el duque de Orleans creó un baile público en 1716, que se celebraba en el teatro de la Ópera tres veces por semana durante la época de Carnaval. Podía acudir cualquiera, de cualquier clase social, y todo estaba permitido: los hombres se disfrazaban de mujeres y las mujeres, de hombres, y no eran pocos los que acudían en busca de emociones y “aventuras galantes”.

Al estallar la Revolución Francesa, se acabó la fiesta: las máscaras fueron prohibidas y se rompió la tradición del Carnaval. Volvieron en 1799 pero, según algunos contemporáneos, sin el espíritu festivo de décadas anteriores.

HASTA EL PRÓXIMO NÚMERO...

Aquí termina la revista *Conocer*. Ya estamos preparando la siguiente, en la que te pondremos al día de la actualidad nacional, internacional y cultural. Y ya sabes que puedes proponernos temas que sean de tu interés, y enviarnos tus comentarios, dudas y sugerencias.

PUEDES ESCRIBIRNOS:

-A través de correo electrónico a la dirección: publicaciones@servimedia.es

-En tinta o en braille, a la siguiente dirección postal:

Revista Conocer - Servimedia
C/ Almansa, 66
28039
Madrid